

completamente distintas por más que proceden de un mismo tronco, lo cual hace que pueda considerarse esto como una de las mayores maravillas del mundo, pues una rama es, por ejemplo, de una clase y otras de otra. Una tiene las hojas en forma de caña, otra de almáciga (lentisco), y así tiene un mismo árbol cinco ó seis clases de hojas distintas. Esta variedad no es motivada por injerto, pues los citados árboles crecen silvestres en los campos y nadie hace caso de ellos (1).

»En los indígenas no he observado aún culto alguno, y como tienen mucha inteligencia creo que podría convertírseles pronto al cristianismo.

»Los peces son también completamente distintos á los nuestros. Unos parecen gallos y ostentan los más hermosos colores del mundo: azul, amarillo, encarnado y otros varios, de las más diversas formas y matices; los cambiantes de sus tintas son tan vívidos que dejan admirado á todo el que los contempla, causándole el mayor asombro (2).

»También se encuentran aquí ballenas; en tierra, por el contrario, fuera de papagayos y lagartijas, no he hallado animal alguno. No he visto ovejas, cabras ni ningún otro animal.

»Por más que mi estancia no ha sido más que de medio día, hubiera visto estos animales en el caso de que existiesen. Después que haya dado vuelta á la isla describiré sus costas.

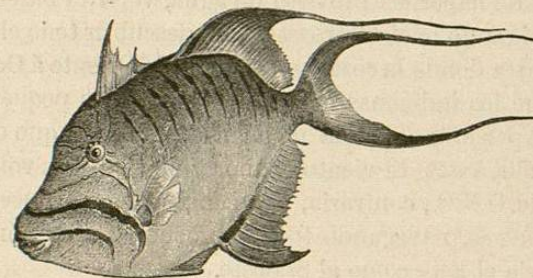
»Miércoles 17 de octubre.—Al mediodía abandoné el paraje en el cual había anclado y hecho provisión de agua para dar la vuelta á la isla Ferdinandina. El viento venía del Sudoeste con tendencia al Sur. Mi idea era seguir la costa de la isla por la parte Sudeste, en la cual me encontraba. Esta costa se extiende hacia Nornordeste y Sudsudeste, y yo deseaba ir en esta última dirección, porque en ella, según datos de los indígenas de San Salvador que tengo á bordo, y también de uno de los habitantes de esta costa, debe estar situado el territorio que llaman Samnet, donde se encuentra el oro. Pero Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, á cuyo bordo había yo enviado tres de estos indios (3) (de San Salvador), vino á verme para decirme que uno de éstos le había dado á entender con mucha seguridad que circunnavegaría mucho más pronto la isla navegando en dirección Nornordeste. Como vi que el viento me era favorable á la direc-

(1) Indudablemente se dejó engañar Colón por las diversas plantas parásitas que arraigan con frecuencia en las ramas de los árboles más grandes.

(2) Quien haya admirado la magnificencia de colores del pez ángel, del túrbido, el squirrel, el yellowtail y otros de las aguas de Bahama, no hallará exagerada la entusiasta admiración del almirante.

(3) Colón usa aquí por primera vez el calificativo de *indios* para los indígenas de América.

ción que había pensado tomar, navegué con el rumbo indicado, para lo cual era el viento más favorable, y descubrí cuando estuve á dos leguas de la conclusión de la isla un puerto muy notable, con una, mejor dicho con dos entradas, puesto que una isla roqueña dividía la embocadura. Ambas entradas son muy angostas, pero el interior de la bahía podría dar cabida á 100 barcos si tuviera fondo suficiente, estuviese libre de escollos y fuera la entrada más ancha. Parecióme necesario cerciorarme por mí mismo, sondeando la bahía; mandé anclar fuera del puerto, y entrando en él con todos los botes, pude convencerme de que tenía poco fondo para nuestros barcos. Como al principio, al ver la bahía, creí que era la embocadura de algún río, ordené llevar toneles para llenarlos de agua. A la orilla encontramos ocho ó diez hombres que al momento vinieron hacia nos-



Pez túrbido (dibujado por R. Cronau)  
Color azul y oro; las rayas más oscuras, azules rodeadas de oro.

otros mostrándonos un pueblo cercano, al cual envié á mi gente en busca de agua; parte de mis hombres iba armada y los otros llevaban los toneles; de este modo pudimos proveernos del agua necesaria. Como la distancia era bastante grande, tuve que esperar dos horas. Entretanto caminé por debajo de los árboles, que presentaban un aspecto hermoso sobre toda ponderación. Era tan verde y espeso su follaje como lo es en Andalucía en el mes de mayo, siendo todos los árboles tan distintos de los nuestros como el día de la noche. Lo mismo sucedía con las frutas, la hierba, las piedras y todas las demás cosas. Es cierto que algunos árboles son de la misma especie de los que poseemos en Castilla, pero á pesar de esto se nota una gran diferencia; las otras especies son, por el contrario, tan numerosas, que nadie podría compararlas con las nuestras. Los indígenas eran todos idénticos á los antes descritos, tienen la misma estatura y van desnudos. Dieron lo que tenían por cualquier baratija que se les ofrecía, y noté que algunos jóvenes cambiaban lanzas por pedazos de cristal y otros objetos rotos con la gente de los barcos. Los hombres que habían ido en busca de agua me refirieron que habían encontrado muy limpias



y bien barridas las viviendas donde entraron, y que las camas parecían redes de algodón. Las casas están construídas en forma de celdas, son muy altas y tienen grandes aberturas para dar paso al humo; pero entre todos los pueblos que visitamos, no vi ninguno que tuviera más de 12 á 15 casas. También observaron los hombres que las mujeres casadas llevaban delantales de algodón, y las doncellas, por el contrario, nada, á excepción de algunas que habían alcanzado ya la edad de diez y ocho años. También tenían allí dogos y perros de caza más pequeños; vieron además á un indio que llevaba en la nariz un pedazo de oro del tamaño de medio castellano con algunas letras grabadas. Regañé á mi gente por no haberlo comprado á cualquier precio, para en el caso de que fuese una moneda haber visto de qué clase, y contestáronme que no había querido venderla el indio. Después de habernos provisto de agua, volví al barco y despleguémos velas, navegando hacia Noroeste, para descubrir todo el terreno de la isla y llegar hasta donde la costa se extiende de Oriente á Occidente. Más tarde dijéronme los indígenas que esta isla era más pequeña que la de Samoet, y que por lo tanto sería mejor retroceder, ya que de este modo llegaríamos á ella antes. El viento calmó algún rato, mas volvióse á levantar soplando de O.N.O., contrario, por consiguiente, á nuestra ruta. Por lo tanto volví atrás, navegando toda la noche en dirección Sudoeste, y tan pronto hacia el Este como al Sudeste.

»Esto lo hice para mantenerme lejos de tierra, pues que la atmósfera estaba cargada de niebla y el tiempo muy inseguro. El viento era débil y no me permitía acercarme á tierra para anclar.

»Desde media noche hasta el amanecer cayó un fuerte aguacero, y aun ahora está el cielo cubierto y amenazando lluvia. Nos hallamos ahora en el extremo Sur de la isla y esperó poder anclar en cuanto aclare lo bastante, para proseguir nuestro viaje á las otras islas que quiero buscar. Desde que estoy en la India ha llovido más ó menos. Vuestras altezas pueden creerme al afirmarles que este país es el más rico, más sano, benigno y llano del mundo.

»Jueves 18 de octubre.—Después de haber aclarado seguí la dirección del viento rodeando la isla todo lo que pude. Eché anclas cuando no me fué posible navegar más tiempo, pero no desembarcamos, y al rayar el día volvimos á hacernos á la vela.

»Viernes 19 de octubre.—Por la mañana temprano levé anclas enviando á la carabela *Pinta* hacia Oriente y Sudeste y á *La Niña* en dirección Sudeste, mientras que yo con mi barco me dirigí con rumbo al Sudeste. Había dado orden de que los otros dos primeros barcos siguiesen su cur-

so hasta mediodía, pero que después se reuniesen conmigo de nuevo. Pero no habíamos navegado aún tres horas cuando vimos al Este una isla, hacia la cual timoneamos. Los tres barcos arribaron á ella antes del mediodía, por su extremo Norte, en el cual se encuentra una islita roqueña. Un arrecife rodea á la isla por el Norte; entre ella y la otra grande, la cual es llamada Saometo por los habitantes de San Salvador, hay un peñasco. Yo le dí á la dicha isla el nombre de Isabelita. El viento venía del Norte, y la mencionada islita está situada en dirección de la isla Fernandina, de la cual había yo salido con rumbo á Oriente y Poniente. La costa se extendía desde la islita roqueña hacia Occidente, y á 12 leguas de distancia se encuentra un promontorio al cual dí el nombre de *Cabo Hermoso*.

»Está en la parte occidental y es muy bello, redondo y (¿el agua?) muy profunda y libre de abismos. Al principio es bajo y peñascoso, pero más adelante forma una arenosa bahía, como lo es casi toda la playa. Aquí quedamos anclados toda esta noche del viernes hasta la mañana. Toda la costa y la parte que he visto de la isla forman, si así puede decirse, una sola bahía, y la segunda es lo más hermoso de todo cuanto he visto; si son muy bellas las otras islas, ésta lo es más todavía: tiene muchos, grandes y frondosos árboles, el terreno es más grande que en las otras por mí descubiertas, por más que no pueda llamarse montañoso. Ligeros promontorios deleitan la vista con el encantador contraste que forman con las hermosas llanuras; parece ser que hay mucha agua en el interior de la isla. Al Nordeste del cabo hay una gran embocadura ó salida, en la cual se encuentran muchos espesos y dilatados bosques. Quise echar allí anclas para ir á tierra y visitar un paraje tan hermoso, pero era el agua muy somera ó poco profunda, y sólo pude echarlas á gran distancia de la orilla. También era muy favorable el viento para llegar á este promontorio en el cual estoy, y al que he dado el nombre de *Cabo Hermoso* porque lo es mucho en realidad. No anclé en este cabo por verle tan verde y hermoso, como todo lo demás de estas islas; así es que no sé dónde dirigirme primeramente. Mis ojos no se cansan de contemplar esta esplendente vegetación tan distinta de la nuestra. Yo creo que cría muchas hierbas, plantas y árboles que tendrían en España gran valor como medicinales ó para hacer tinturas para teñir. Pero desgraciadamente no las conozco, lo cual me llena de pesar. Al llegar á este promontorio percibí un aroma tan agradable y suave de las flores y árboles, que no es posible hallarle más embriagador en todo el mundo. Mañana antes de marcharme voy á ir á la orilla para ver lo que se encuentra en este terreno. Población no hay en él, pues ésta se encuentra más tierra adentro, donde, según dicen los indios que tengo á bordo, vive su rey, que posee mucho oro; pienso penetrar mañana hasta hallar á los habitantes y poder ver y conversar con ese rey,



el cual según las señas que me dan los indígenas, es soberano de todas las islas vecinas. Va vestido y lleva muchos adornos sobre su persona. Doy poco crédito á estas afirmaciones, no sólo porque no las comprendo bastante, sino porque veo que esta gente es muy pobre en oro y que una pequeña cantidad de este metal que lleve el rey les parecerá una gran cosa. Opino que *Cabo Hermoso* es una isla separada de Saometo, y parece ser que hay otra pequeñita por medio, mas no me preocupó de ello, pues si me pusiera á reconocerlo minuciosamente no concluiría en cincuenta años. Mi deseo es, por el contrario, descubrir todas las tierras que pueda, para, si Dios quiere, volver en abril junto á vuestras altezas. La verdad es que sólo pienso detenerme donde halle oro ó especias en gran abundancia, y trataré de llevar toda la mayor cantidad que pueda de ambas cosas. Este es el motivo por que viajo sin descanso.

»*Sábado 20 de octubre.*—Poco antes de salir el sol levé el ancla del sitio en el cual había dado fondo con mi barco, en el extremo Sudoeste de esta isla de Saometo. Dí á este promontorio el nombre de *Cabo de la Laguna* y á la isla el de la *Isabela*. Navegué de Sudeste á Sur contra Nordeste y Este, donde, según relaciones de los indios que llevo conmigo, se encuentra el rey y su gente. Mas hallé tan poco fondo que no pude penetrar ni seguir adelante, viendo también que si quería emprender una ruta Sudoeste tenía que dar un gran rodeo. Decidíme por lo tanto á regresar en la dirección que había venido de Nornordeste hacia el Oeste y rodear la isla para..... (*Esto se halla en blanco en el manuscrito del P. Las Casas.*)

»El viento era tan débil que sólo hubiera conseguido llegar á tierra navegando toda la noche; y como es muy peligroso anclar en estas islas no siendo de día, cuando se puede ver con los ojos dónde ha sido echada el ancla (1), pues por todas partes hay sitios distintos que unos son buenos y otros no, quedéme toda la noche lejos de tierra para esperar el domingo. Las otras carabelas anclaron, porque habían llegado más temprano á tierra. Creían que yo, siguiendo sus acostumbradas señas, lo haría también, pero no quise.

(1) Colón describe aquí exactamente el sitio de anclaje sumamente variado que se encuentra en las cercanías de las islas de Bahama. El fondo del mar, cubierto de bancos de coral, está lleno de agujeros y cavidades en las cuales quedan encajadas las anclas con la mayor facilidad. Cuando el autor de esta obra visitó las islas de Bahama y á bordo del *Richmond* llegó el 25 de octubre del año 1890 delante de *Castle Island*, en la punta Sudoeste de *Aklin*, perdió el barco en una misma mañana dos grandes anclas, que al ser echadas se habían introducido en estos agujeros y fué imposible poder extraerlas.

»*Domingo 21 de octubre.*—A las diez de la mañana alcancé de nuevo el extremo de la isla roqueña, largando anclas lo mismo que las otras carabelas. Después de comer dirigíme á tierra, en la cual sólo hallé una vivienda deshabitada. Sin duda habían huído sus moradores por temor, pues encontramos todos sus enseres domésticos. No permití á mi gente tocar ninguno de estos, sino que me puse á recorrer el país acompañado de los capitanes y la tripulación. Si las otras islas nos habían parecido hermosas, verdes y fértiles, ésta sobrepujaba á todas por sus majestuosas y exuberantes selvas. También se hallan aquí algunas grandes lagunas, y alrededor de ellas es donde son más frondosos los árboles, sumamente verdes lo mismo que en toda la isla, y la hierba es igual á la de Andalucía por el mes de abril. El canto de sus pájaros deleita de tal modo el oído que no quisiera uno tener que marcharse nunca de aquí. El vuelo de los papagayos oscurece el sol; las aves son tan numerosas y distintas de las nuestras que es una maravilla contemplarlas; hay además árboles de mil especies variadas que dan toda clase de frutos y embalsaman el aire con sus perfumes; así es que estoy lleno de pena por no conocerlos más ampliamente. Estoy seguro de que todos ellos son de gran valor. Tengo muestras de todos ellos, y lo mismo de las hierbas y plantas. Cuando andábamos alrededor de las lagunas vi una serpiente á la cual dimos muerte. Llevo conmigo la piel para vuestras altezas. Cuando advirtió nuestra presencia refugióse en el lago; mas como éste era poco profundo la perseguimos y la matamos con nuestras lanzas. Su largo es de cinco palmos, y creo que hay muchas de ellas en las lagunas. También he hallado el árbol del aloe; y como me han asegurado que es de gran valor, mandaré llevar mañana á bordo diez quintales del mismo. Mientras buscábamos agua potable llegamos á un pueblo situado á media legua del sitio donde he anclado. Los habitantes al vernos huyeron, abandonando sus casas y ocultándose en los bosques con todo lo que tenían. No permití á mi gente coger nada ni por valor de un alfiler. Más tarde se acercaron algunos indígenas, y uno se aproximó á nosotros. Le dí algunos cascabelillos y cuentas de cristal, de lo que se alegró mucho. Para hacer más extenso nuestro conocimiento y pedirles algo, les pregunté dónde había agua, la cual nos trajeron hasta la orilla en botellas de calabaza, después de estar yo á bordo de mi barco. Estaban muy contentos de haber podido proporcionárnosla. Les dí una segunda sarta de cuentas y prometieron volver al día siguiente, ya que deseaba llenar todos los toneles del barco. Si el tiempo lo permite marcharé en seguida para tener una entrevista con ese rey y ver si puedo conseguir de él el oro, que, según dicen, lleva sobre su persona. Más tarde pienso ir á otra isla muy grande, la cual creo debe ser *Cipango* por las señas que me han dado los indios del barco.



»Llaman á esa isla *Colba* y dicen que allí se encuentran grandes barcos y muchos comerciantes. Que no lejos de ésta se encuentra otra llamada *Bosio*, la cual, según la descripción que hacen de ella, debe ser también muy grande. Al buscar ésta tocaré también en las que se hallan intermedias, y mi proceder se ajustará según halle ó no cantidades de oro ó especias. He decidido además ir al continente y buscar la ciudad de *Guisay* para entregar al Gran Jan las cartas de vuestras altezas y llevarles la respuesta á las mismas.

»*Lunes 22 de octubre.*—Toda la noche y el día lo he pasado esperando que el rey ú otras personas apareciesen trayendo oro ú otras cosas de valor. Muchos de los indígenas vinieron, desnudos como los de las otras islas; unos llevaban pinturas blancas, otros negras ó encarnadas. Traían lanzas y ovillos para cambiar, los cuales dieron á las gentes del barco por pedazos de cristal y cascotes de otros cacharros. Algunos de estos salvajes llevaban pedazos de oro en la nariz, que cambiaron muy contentos por pequeños cascabeles como los que llevan en las patas los halcones de caza de nuestra tierra. Mas es tan poco que apenas debe mencionarse; verdad es que cualquier objeto que les damos, por insignificante que sea, lo consideran más bien como señal de nuestra venida, pues creen que descendemos del cielo.

»Tomamos agua de una laguna que se halla cerca del Cabo del Isleo, llamado por mí de esta manera. En ésta mató Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, otra culebra igual á la de ayer, pero ésta tenía siete palmas de larga. También ordené que llevasen á bordo toda la madera de áloe que encontraran.

»*Martes 23 de octubre.*—Mi deseo es ir hoy á la isla de Cuba, que, según la describen, debe ser idéntica en riqueza y dimensiones á la de Cipango. No quiero quedarme aquí más tiempo ó..... (este lugar está en blanco en la copia original de Las Casas), para dar la vuelta alrededor de esta isla y llegar á los lugares habitados como había decidido, y ver al rey ó soberano. No quiero detenerme por más tiempo ya que veo que no existe aquí ninguna mina de oro. El circunnavegar estas islas requiere vientos diferentes, y estos no siempre soplan en la dirección que se desea. Lo más importante, por lo tanto, es ir donde hay gran comercio; así es que me digo á mí mismo que no está bien que me detenga. Proseguiré, por el contrario, mi viaje hasta hallar un país bien productivo. Es cierto que estoy convencido de que éste es muy rico en especias; pero con harta dolor mío tengo que confesar que no las conozco. Veo también mil distintas clases de árboles, cada uno de los cuales tiene frutos determina-

dos, y que están tan verdes y llenos de follaje como los de España en los meses de mayo y junio. Existen además mil variedades de plantas y árboles desconocidos hasta la fecha, excepción hecha del áloe, del cual llevaré gran cantidad á vuestras altezas.

»No he ido aún á Cuba á la vela porque no corría viento; reina por el contrario gran bonanza y llueve mucho. Lo mismo sucedió ayer, pero no hace frío; por el día hace más bien calor y las noches son tan templadas como las de mayo en Andalucía.

»*Miércoles 24 de octubre.*—Hacia media noche levé anclas de este Cabo del Isleo, de la isla Isabela, que está situado en el extremo Norte de la misma, y en la cual había anclado para ir á la de Cuba. Según los relatos de esta gente, debe de ser esta última isla muy grande, mantener importante comercio y poseer oro y especias, además grandes barcos y muchos comerciantes. Dijéronme que alcanzaría esta isla navegando en dirección Estesudoeste, y así pienso hacerlo. Por lo que he podido comprender de las señas que me han hecho tanto los indios que tengo á bordo como los indígenas de esta isla (pues no entiendo su idioma) es Cuba semejante á Cipango, de la cual se cuentan tantas cosas curiosas. La he visto además consignada en estas regiones en los globos terráqueos y cartas geográficas, y por lo tanto seguí el rumbo indicado al rayar el día. Por la mañana calmóse por completo el viento, volviendo á llover toda la noche.

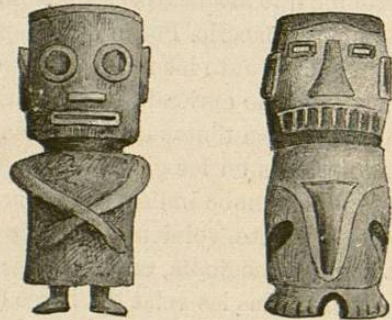
»Duró la calma hasta el mediodía, en que se levantó una hermosa brisa. Habíamos desplegado todas las velas del barco (aquí siguen los nombres de cada una de ellas) prosiguiendo nuestro curso hasta la entrada de la noche, y al poco rato vimos el cabo Verde de la isla Fernandina, que está situado en la parte Sudoeste de la misma, á siete leguas de distancia de nosotros en dirección Noroeste.

»El viento empezó á soplar con fuerza, y como yo no sabía lo lejos que estaríamos aún de la isla de Cuba, á la cual no quería llegar de noche (alrededor de esta isla es tan profundo el mar que sólo se encuentra fondo en ella á una distancia de dos tiros de cañón; pero aun allí el suelo es muy desigual y está constituido á trechos de peñascos y á trechos de arena, de modo que es imposible anclar con seguridad no siendo de día), por lo tanto mandé recoger todas las velas menos la delantera, con la cual me proponía seguir navegando. Pero de repente aumentó el viento de una manera considerable y dejamos atrás una buena distancia, cuya dirección no puedo precisar porque empezó á nublarse mucho y á llover. Por lo tanto mandé también recoger esta última vela, y sólo recorrimos dos leguas durante esta noche.»

Aquí termina Las Casas el extracto, exactamente reproducido, del



diario de Colón, para proseguir la narración de su viaje en forma de resumen muy conciso, del cual apenas deducimos que la escuadra tenía delante de sí el jueves 25 de octubre siete u ocho islas que se extendían de Norte á Sur. Al Mediodía de éstas anclaron los barcos en un banco de arena. El 27 del mismo mes salieron de aquellas islas, á las cuales dió Colón el nombre de *islas de Arena*, prosiguiendo su viaje hasta Cuba, donde desembarcaron el 28, es decir, al día siguiente.



Idolos de piedra de las islas Bahamas, copiados por R. Cronau de los originales que se conservan en la Biblioteca de Nassau (Nueva Providencia)

#### ¿DÓNDE ESTÁ SITUADA GUANAHANI?

*No obstante de que aquellos lugares donde la humanidad del Viejo Mundo se encontró por primera vez con la del Nuevo deben de hallarse circundados de un resplandor histórico, tenemos que confesar, casi avergonzados, que no puede indicarse con seguridad la situación que ocupó aquella isla. Solamente algunas conjeturas más ó menos verosímiles caen sobre la balanza é inclinan el platillo de la decisión.*

Con estas gráficas palabras indica Sophus Ruge (1) el actual estado de la pregunta sobre la situación de Guanahani, en cuya averiguación se han ocupado infructuosamente gran número de eminentes sabios durante dos generaciones.

Se está conforme en que Colón desembarcó con su escuadra en una de aquellas islas de coral que se extienden desde la costa Sudeste de la Florida hasta Haití, y que son conocidas con el nombre de Lucayas ó grupo de las Bahamas. Después de su descubrimiento por Colón, fueron estas islas muy poco visitadas, y después que los indígenas fueron totalmente robados de ellas, quedaron tan descuidadas que apenas eran conocidas, tanto que en el siglo XVII casi se consideraron nuevamente descubiertas por los ingleses.

Si en aquellos días estaban ya completamente olvidados los sonoros nombres con que habían sido designadas por los indígenas, también estaban casi borrados, ó por lo menos muy adulterados, los que les habían dado los conquistadores españoles, poniéndoles en su lugar aquellos prestados por los colonizadores ingleses, y con los cuales están consignadas en los mapas cada una de las islas del grupo de las Bahamas.

Entre las islas cuya situación no puede precisarse ya, figura en primer lugar Guanahani, el San Salvador de Colón, punto donde el gran Descubridor pisó por primera vez el suelo del Nuevo Mundo. No han faltado tentativas para hallar este importante é histórico lugar; pero no puede asegurarse que hayan dado resultado completamente satisfactorio. La solución de la pregunta de á cuál de las islas corresponde el nombre de

(1) *Historia de la época de los descubrimientos*, pág. 248.  
Tomo I